

**Dando Voz al silencio: la historia de  
José Sobrino Riaño**  
*El niño que inspiró la elegía de Cernuda  
por Paula García Bugedo*

*Elegía a un muchacho vasco muerto en Inglaterra*

*Si llegara hasta ti bajo la hierba  
Joven como tu cuerpo, ya cubriendo  
Un destierro más vasto con la muerte,  
De los amigos la voz fugaz y clara,  
Con oscura nostalgia quizá pienses  
Que tu vida es materia del olvido.*

*Recordarás acaso nuestros días,  
Este dejarse ir en la corriente  
Insensible de trabajos y penas,  
Este apagarse lento, melancólico,  
Como las llamas de tu hogar antiguo,  
Como la lluvia sobre aquel tejado.*

*Tal vez busques el campo de tu aldea,  
El galopar alegre de los potros,  
La amarillenta luz sobre las tapias,  
La vieja torre gris, un lado en sombra,  
Tal una mano fiel que te guiara  
Por las sendas perdidas de la noche.*

*Recordarás cruzando el mar un día  
Tu leve juventud con tus amigos  
En flor, así alejados de la guerra.  
La angustia resbalaba entre vosotros  
y el mar sombrío al veros sonreía,  
Olvidando que él mismo te llevaba  
A la muerte tras de un corto destierro.*

*Yo hubiera compartido aquellas horas  
Yertas de un hospital. Tus ojos solos  
Frente a la imagen dura de la muerte.*

*Ese sueño de Dios no lo aceptaste.  
Así como tu cuerpo era de frágil,  
Enérgica y viril era tu alma.  
De un solo trago consumiste  
La muerte tuya, la que te destinaban,  
Sin volver un instante la mirada  
Atrás, igual que el hombre cuando lucha.  
Inmensa indiferencia te cubría  
Antes de que la tierra te cubriera.*

*El llanto que tú mismo no has llorado,  
Yo lo lloro por ti. En mí no estaba  
El ahuyentar tu muerte como a un perro  
Enojoso. E inútil es que quiera  
Ver tu cuerpo crecido, verde y puro,  
Pasando como pasan estos otros  
De tus amigos, por el aire blanco  
De los campos ingleses, vivamente.*

*Volviste la cabeza contra el muro  
Con el gesto de un niño que temiese  
Mostrar fragilidad en su deseo.  
Y te cubrió la eterna sombra larga.  
Profundamente duermes. Mas escucha:  
Yo quiero estar contigo; no estás solo.*

*Luis Cernuda (1924-1962)*

*Las Nubes (1943)*

Este poema de Luis Cernuda desarrolla, a mi entender, una meditación sobre la memoria, el dolor y el deseo de acompañar a un ser querido más allá de la muerte.

*“Fue el primer niño español que moría en el exilio. Esto, y las circunstancias que vamos a referir, crearon alrededor de esta muerte, además de la natural emoción, una pequeña leyenda poco después acallada”*<sup>1</sup>.

No puedo escribir estas líneas sin pensar en Elvi, la hermana pequeña de este niño, José. Su ausencia, aún reciente, se deja sentir en cada palabra que evoca la memoria, el amor o la pérdida. Este texto, aunque dedicado a su hermano, es también una forma de seguir caminando a su lado, de mantener encendida su presencia discreta, más allá del tiempo y de los lugares. Yo quiero estar contigo; no estás sola.

Para ponerlos en antecedentes, Cernuda llegó a Londres en 1938, en plena guerra civil, allí se dedica al cuidado de los niños vascos exiliados. En este contexto conoce a José, el cual al poco tiempo enfermaría gravemente y fallecería. José rechazó los últimos sacramentos y el crucifijo que le ofreció un sacerdote. Sin embargo, pidió ver a Cernuda y le solicitó que leyera un poema, cuando terminó dijo: ' Ahora, por favor, no se marche, pero me voy a volver hacia la pared para que no me vea morir'. Cernuda y la enfermera española que estaba junto a la cama pensaron que era una broma macabra. Segundos después, José estaba muerto. El niño le regaló su último suspiro, gesto que inspiró al escritor en la creación de este poema que inmortalizó su despedida.

*En los días que siguieron, Cernuda se mostró más abatido que nunca: profundamente triste, a veces irritable, claramente desalentado. Pero si algo tenía claro, era una decisión que repetía con obstinación: “Después de lo que he visto y pasado —solía decir—, jamás volveré a un hogar de niños vascos.”*<sup>1</sup>.

28 de marzo de 1938

Querida Sra. Riaño

U. ya habrá tenido noticias de la Secretaria del Comité local, Miss Vulliami, que José, la semana pasada entró en un hospital en Oxford, y que estaba muy grave.

Es con profundo pésame que ahora tengo que escribirle con las tristes noticias que José se murió esta mañana.

Durante la semana pasada, el chico ha estado muy enfermo y ha recibido toda la atención y cuidado que U. como madre hubiera querido que tuviese. Los dos médicos, de quienes se acordará quizás por estar en Bilbao para examinar a los chicos antes de

(1) Rafael Martínez Nadal. *Espanoles en la Gran Bretaña Luis Cernuda El hombre y sus temas.*

la embarcación, vieron a José y nos avisaron de que su condición era tal que no había esperanza de salvarle la vida. Se murió de ictericia con complicaciones del hígado.

Comprenderá con qué pena le comunico esta triste nueva. Tuvimos la esperanza de poder entregárselo a U. fuerte y sano después de la guerra, y en vez de eso tengo que escribirle con estas tan tristes nuevas. De parte del comité quiero manifestarle nuestro más profundo pésame.

Quedo de U. atte. SS

Betty L. Arne

Secretaria

Con esta triste carta se le comunica a una madre el final de los sueños de un hijo. Un chico con un futuro prometedor y brillante. Un ejemplo a seguir para los ojos de su hermana pequeña, que a pesar de que la última vez que le vio aún no había cumplido los siete años, siempre le tuvo en su corazón, en sus recuerdos y en su salón. Presidiendo cualquier sobremesa en casa de Elvi, el retrato de Pepe aparece con una expresión seria y melancólica, su cabello aparece peinado hacia un lado. Se trata de una fotografía coloreada a mano en la que llevaba un traje formal con una corbata roja de motas irregulares y camisa blanca. Parece que observa todo lo que hacemos desde su sitio privilegiado en la pared.



Retrato de José Sobrino Riaño colgado en el salón de su hermana Elvi

En muchas de esas sobremesas Elvi me contaba historias de su vida y de su familia, también historias de José, Pepe para ella.

La familia de estos hermanos emigró de tierras riojanas. Su padre trabajaba en la fábrica de Santa Ana, y aunque sus tres hermanos mayores habían nacido en Casalarreina, ella siempre presumía de haber nacido en la Casa del Río. Era una familia enraizada en las colinas de Bolueta con la fortaleza de La Rioja.

Cernuda en su verso número tres evoca un paisaje cargado de nostalgia y simbolismo, donde la naturaleza y las construcciones toman un significado espiritual y emocional. Cuando leo este párrafo me viene a la mente una fotografía antigua de la fábrica de Santa Ana, lugar en el que Pepe vivió sus últimos días en familia antes de partir al exilio. Es obvio que el poema del autor explora estas imágenes desde una perspectiva emocional y simbólica, pero a mí me gusta pensar que es el destino que nos hace un guiño.

Esta imagen de su tierra, esta comparación me hace pensar cómo los paisajes, ya sean literarios o visuales, pueden estar conectados entre sí desde diferentes perspectivas. Mientras que Cernuda utiliza su paisaje para meditar sobre la pérdida, la memoria y la muerte, sin él saberlo describe el hogar de Pepe.

Al leer la quinta estrofa del poema de Cernuda, no puedo evitar detenerme en lo que para mí es uno de los momentos más duros: ese instante final, en el hospital, cuando Pepe se enfrenta a la muerte con los ojos abiertos, sin consuelo. Siento que el poeta carga con una herida que no cicatriza del todo cuando dice que “hubiera compartido aquellas horas”; como si ese deseo no cumplido lo persiguiera aún. A mí me transmite un dolor silencioso, una culpa profunda por no haber podido estar como el quería, por no haber aliviado el sufrimiento del otro.

También me detengo en una frase que me atraviesa con particular fuerza: “La muerte tuya, la que te destinaban.” No es una muerte casual ni elegida: es una muerte asignada, impuesta desde fuera, como si alguien, la historia, la guerra o el exilio la hubiera decidido de antemano. En ese verso, Cernuda señala no solo la pérdida, sino la injusticia de un destino que arrebató sin pedir permiso. Me conmueve esa idea de una muerte inevitable, programada para los jóvenes como Pepe, y me duele imaginar la impotencia del poeta frente a un final que no pudo evitar. Esa frase encierra también una rabia silenciosa, una crítica que no grita, pero que cala hondo.

Esta estrofa me hace pensar en lo complejo que es acompañar a alguien en sus últimos días. Me doy cuenta de lo difícil que puede ser estar verdaderamente presente, más allá de la presencia física. Para mí, el poema no se queda solo en el tema de la muerte, sino que expresa también esa impotencia desgarradora de quien sobrevive, ese anhelo de haber podido hacer más, de haber ofrecido algo que tal vez ya no se podía dar.

No puedo evitar conectar estas palabras con otras despedidas que he vivido. Me resuena la figura de quienes, como Pepe, murieron lejos de su tierra, en soledad. Aunque sé que Cernuda escribe desde su propia experiencia, siento que su poema trasciende lo personal y toca una emoción colectiva: la del exilio, la enfermedad, la pérdida. Y ahí, en esa

apertura, encuentro una especie de consuelo: como si sus versos nos permitieran decir también, a nuestros propios ausentes, “yo hubiera querido estar contigo; no estás solo”.



Niños exiliados posando con los ejemplares de Solidaridad Obrera. Pepe tercero por la derecha de la fila superior

Recuerdo una historia que Elvi contaba sobre su hermano Pepe, cuando trabajaba de aprendiz de relojería poco antes de que estallase la guerra. Una tarde, el dueño de la relojería en la que trabajaba, le pidió que le dijera a su madre que se pasara por la tienda para hablar con él. Cuando llegó a casa y se lo comentó a su madre con toda la tranquilidad, no tenía ni idea de la que le iba a caer encima. La inquietud de su madre era más que evidente, no entendía el motivo y Pepe no sabía que explicarle. Pepe, con su expresión tranquila, juraba que no había hecho nada. Pero su madre Rosa, escéptica, lo arrastró hasta el establecimiento entre collejas y tirones de orejas, preguntándose de camino, qué clase de problema habría causado su hijo mayor del que nunca antes había tenido queja y sintiéndose avergonzada solo de pensarlo.

Cuando llegaron a la tienda el relojero le sacó un cuaderno, allí había bocetos y escritos hechos por Pepe: dibujos detallados de engranajes y relojes, dibujos de paisajes, retratos y fragmentos de historias y reflexiones. El dueño no tenía queja alguna de Pepe, trabajaba muy bien, era responsable, dedicado, paciente y detallista. Le había llamado porque creía que tenía un talento especial. Para decirle que, si pudieran, y si tuvieran los medios, deberían buscarle un sitio donde pudiera desarrollar su talento. Pero su madre ya lo sabía. Conocía bien la sensibilidad de su hijo y su capacidad para observar el mundo. No en vano había obtenido mención honorífica en la escuela los dos años anteriores.

Entre los recuerdos de Elvi encontré una foto del verano de 1937. En ella, Pepe y su hermano Luis, junto a otros compañeros, están segando un campo de hierba alta para acondicionarlo como campo de fútbol. Finalmente, debido al calor y al agotamiento que suponía el trabajo con la hoz, decidieron prender fuego a la hierba seca con una cerilla. Así lograron despejar el terreno. Se construyó el campo de fútbol y allí jugaron muchos partidos contra los ingleses.



Los indicados con una cruz son José (con camisa) y su hermano Luis en el exilio. Verano de 1937

Finalmente, la enfermedad truncó el futuro de Pepe. Rosa nunca pudo ayudarlo en su formación, porque por amor tuvo que separarse de él y de sus hermanos mandándolos al exilio, para salvarles de la guerra. Muchos años después me enteré que Lord Farrington, un aristócrata británico conocido por su labor filantrópica y su apoyo a los refugiados de la Guerra Civil Española, incluyendo el reconocimiento a su labor solidaria que le llevó a convertir un edificio de su propiedad en la 'Casa Vasca', asombrado por su inteligencia, pensó en enviarlo a un colegio privado a su costa, oferta que Pepe rechazó. Él tenía otro proyecto de futuro, aún no sabía que el destino tenía otros planes para él.

Con el paso de los años, nuevos documentos fueron arrojando luz sobre los hechos. Según los registros del forense británico, la causa real de su muerte fue un “envenenamiento tardío por arsenical, administrado como medida terapéutica para una enfermedad congénita específica”. Una enfermedad congénita que su familia desconocía, y de la que

tuvieron noticia a través de una carta enviada el 25 de marzo por Miss Vulliamy, en la que se indicaba que había enfermado casi de repente a causa de una inflamación de hígado.

Una práctica médica común en aquel tiempo, aunque hoy resulte difícil de imaginar. Algunas sombras permanecen entre las explicaciones, y la frontera entre un tratamiento desesperado y circunstancias menos claras se vuelve tenue. No fue solo la guerra ni el exilio lo que acabó con su vida, sino también un intento por salvarlo... o quizás algo más velado, que apagó lo que quedaba de esperanza en medio del desarraigo.

Allá donde estés Pepe, si en algún momento, tal y como dice Luis Cernuda llegaste a pensar que tu vida es materia del olvido, me enorgullece ser la persona que muchos años después atesore parte de tu legado. Imagino ese apagar lento y melancólico que desde la distancia se vivió fugaz e inesperado, pasando tan solo tres días desde que, en tinta roja mecanografiada, Miss Vulliamy, una mujer cuyo coraje y determinación no solo la llevaron a cuidar de niños desplazados, sino también a convencer al reticente Lord Faringdon de ceder una de sus propiedades para alojarlos, notificase tu repentina enfermedad y tu ingreso en el hospital de la universidad de Oxford, hasta que llegara otra carta, esta en tinta negra con la triste noticia de tu adiós. Según la última carta recibida, toda la colonia acudió a tu despedida que se celebró en Oxford, junto con gente inglesa de la ciudad y el Delegado Vasco en Londres, Jose Ignacio Lizaso. El ataúd fue llevado en hombros de los chicos hasta la tumba y al descender el féretro cantaron varios himnos, tomaron la palabra varios de los que te acompañaban y se despidieron con lágrimas en los ojos en la que pensaban que sería tu última morada solo hasta el fin de la guerra. Pero no volviste jamás, ni tú, ni tus restos, solamente tus recuerdos.